

DOI: <https://doi.org/10.29092/uacm.v23i60.1271>

FILOSOFÍA Y LITERATURA. APOLOGÍAS Y CONCURRENCIAS

Víctor Hugo Bolaños Sánchez*
Martín Jiménez Serrano**

Espinosa, A. y Romero, L. (2023). *Filosofía y literatura. Apologías y concurrencias*. Ciudad de México: UACM.

*Yo no soy filósofo.
El filósofo dice: Pienso... luego existo.
Yo digo: Lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo
Creo que la filosofía arranca del primer juicio. La poesía, del primer
lamento. No sé cuál fue la palabra primera que dijo el primer filósofo del
mundo. La que dijo el primer poeta fue:
¡Ay!
¡Ay!
Este es el primer verso más antiguo que conocemos.
León Felipe. El poeta y el filósofo.*

El libro aquí comentado abarca cuatro capítulos, dos de Leticia Romero Chumacero sobre literatura y dos de Adrián Espinosa Barrios sobre filosofía. Arranca haciendo explícito su propósito, y no puede ser de otra manera cuando quienes lo escriben son una literata y un filósofo que, además, son lectores voraces y, por ello, polímatas calificados para hablar de concurrencias entre el arte de juntar palabras y el arte de pensar, de

* Doctor en Ciencias Sociales y maestro en Filosofía de la Ciencia. Integrante de la Academia de Ciencias Sociales de la UACM, México. Correo electrónico: victor.hugo.bolanos@uacm.edu.mx

** Poeta y narrador. Maestro y licenciado en Letras Hispánicas. Integrante de la Academia de Creación Literaria de la UACM, México. Correo electrónico: martin.jimenez.serrano@uacm.edu.mx

pensarnos. El libro –afirman en la presentación– constituye un acto de defensa del trabajo de las humanidades ante la incomprensión y el menosprecio del que a veces son objeto.

Es un hecho que en esta sociedad tardomoderna los saberes prácticos han gozado del privilegio de los presupuestos ante sus innegables aportes en los impulsos modernizadores. Somos una sociedad particularmente dependiente de los “datos” y las “generalizaciones” hechas a partir de aquéllos; ésa sigue siendo una de las imágenes más contundentes asociadas con la ciencia. Sin embargo –he aquí una sentencia categórica de los autores–, sin las humanidades “no hay sociedad plena posible”. Al respecto, hace casi diez años, el crítico literario y ensayista, colaborador de la vieja revista *The New Republic*, Leon Wieseltier, señalaba que “hay aspectos importantes de la vida humana que no pueden describirse con las generalizaciones científicas” (2016-04-23). Las ciencias naturales pueden explicar el 99,9% de una persona, desde sus moléculas, pasando por el sistema óseo o circulatorio, hasta llegar a los genes. Aunque el 0,1 % restante es lo que la hace diferente, única. Es esa pequeña diferencia la que escapa a la explicación científica nomotética. “Es posible que las humanidades y las ciencias estudien lo mismo, la vida humana, pero lo estudian de manera distinta”, sentenciaba Wieseltier.

Es ahí donde encuentro el rasgo particularmente valioso de *Filosofía y literatura. Apologías y concurrencias*, ya que, en palabras de los propios autores, se trata de “emprender un esfuerzo amplio y decidido por divulgar en qué consisten las humanidades”. Y es que, ante la actual y cotidiana manipulación de la historia con fines ideológicos y políticos, se antoja labor necesaria y urgente “develar las características de la investigación académica” en dos disciplinas de las humanidades, como son la filosofía y la filología.

I. FILOSOFÍA

La apología de la filosofía planteada por Adrián Espinosa en el primer capítulo del libro se centra en uno de los tópicos filosóficos más controvertidos, reflexionados y discutidos: la racionalidad humana. Su lectura me llevó inmediatamente a recordar a Santiago Genovés, aquel maravilloso antropólogo de origen español, exiliado por la Guerra Civil, famoso por demostrar que los viajes trasatlánticos fueron posibles con el uso de tecno-

logías rudimentarias mucho antes de la llegada de Colón a las nuevas tierras. Él solía decir que, si tuviésemos la posibilidad de viajar en el tiempo y traer a Platón a la época actual, sin duda quedaría asombrado por los avances tecnológicos, aunque seguramente muy decepcionado por la irracionalidad de muchas de nuestras acciones.

Espinosa Barrios nos engancha a la lectura precisando que la nuestra es una época aparentemente paradójica. Por un lado, están los logros y la superación de fronteras alcanzados con los desarrollos científicos y las innovaciones tecnológicas. Por otro, los riesgos de una crisis ambiental, la sobrepoblación y las crisis humanitarias. Ante esto, se presenta un *trilema*: 1) los logros son mayores que los riesgos, por lo que la humanidad puede progresar hacia un estado de bienestar –el dilema optimista–; 2) pese a tales avances, la humanidad empobrece en su calidad de vida haciendo insostenible su sobrevivencia –dilema pesimista– y, 3) hay un balance entre ambos extremos que permanece neutro, la manera en que lo vemos responde a nuestro propio sesgo cognitivo –dilema ecléctico–. Para el autor, la razón siempre ha vivido tiempos paradójicos: sin duda, nos ayuda a resolver problemas, lo que se identifica como razón aplicada; pero, al mismo tiempo, hay otra expresión de la razón que causa más bien rechazo, cuando de lo que se trata es de extender los límites del conocimiento humano en una razón especulativa tachada de inútil. Frente al *trilema*, el autor sugiere considerar a la razón en su sentido amplio ya que el problema no radica propiamente en la razón, sino justamente en su olvido. En la planeación de nuestro futuro, la razón es nuestra principal herramienta para elaborar y ejecutar planes.

En esta labor filosófica para dilucidar la racionalidad humana, aprovecho para objetar al doctor Espinosa. Porque la filosofía en tanto humana también tiene sus expresiones de arrogancia. El menosprecio de las llamadas ciencias “duras” hacia las humanidades se extiende al menosprecio de la filosofía, específicamente de la filosofía de la ciencia, por las ciencias sociales, las ciencias “blandas”. Pero en ese campo también hay una reflexión filosófica de amplio calado. Por poner un ejemplo, me referiré brevemente a la obra monumental de Max Weber, de quien el filósofo alemán Karl Jaspers decía que “como político era buen filósofo y como filósofo buen sociólogo”. Para Weber la racionalidad, como ejercicio de la razón, era el elemento más importante en la definición de la sociedad occidental. En

Weber, de acuerdo con Luis Aguilar Villanueva, hay un par de elementos que se integran en la idea de acción racional; por un lado, la idea de razón que considera el bien y el deber en la naturaleza humana; por otro, la idea de razón que determina la conexión de sentido de la historia humana. El logro weberiano es el de la unidad razón e historia, filosofía y tiempo.

La acción racional con arreglo a valores se expresa en la famosa distinción –que Weber piensa para los políticos que viven de la política y no para la política–, al hablar de la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Las convicciones son esenciales en la naturaleza humana, pero ellas deben ir acompañadas de un sentido de responsabilidad. Hoy, los desarrollos científicos y las innovaciones tecnológicas ya no se financian bajo la vieja consigna seguida por los científicos e ingenieros del Proyecto Manhattan, cuya convicción era ganar una guerra sin importar las consecuencias. En el contexto de la tecnociencia quizá la mayor convicción siga siendo el afán de progreso, la valencia que ha cambiado es la de las responsabilidades. La dura regulación en los experimentos con animales o los fuertes debates en torno al uso de transgénicos son tan sólo algunos ejemplos.

Pero volvamos a los siguientes apartados de la apología propuesta por Adrián Espinosa, que fueron los que más placer de lectura me dejaron. En ellos demuestra su erudición en materia de filosofía, al tiempo que expresa sus habilidades como divulgador. Así, conocí a un tal Jámblico, quien afirmó que fue Pitágoras el primero en utilizar el término *filósofo*. Aunque es claro que el propósito principal del texto no es escribir una historia de la filosofía, sino el cuestionamiento en torno a “si la filosofía tiene o debe de tener una función social en específico”. Por ello, la respuesta a la pregunta “¿qué es la filosofía?” da cuenta de la manera en que la mayoría de las actividades filosóficas relevantes se centran en tres facultades mentales: la crítica, el análisis y la reflexión.

En la parte conclusiva, el autor regresa al punto de origen, ya que al ser el filósofo un profesional en el ejercicio de las tres facultades mentales citadas, lo es también en el uso de la razón, posibilitando que, como sociedad, podamos arrojar luz sobre los procesos históricos y culturales que nos han posicionado en la situación presente y sobre el rumbo que deseamos para el futuro. Sin duda, esta suerte de destino manifiesto cuestiona la presunta inutilidad de las humanidades en general y de la filosofía en lo particular.

Buscando responder a la pregunta: filosofía, ¿para qué?, Espinosa Barrios nos ofrece un argumento sólido y a la vez titánico. Al respecto, hay propuestas que resultan un buen complemento. Por ejemplo, la ciencia social abierta de la que hablaba Immanuel Wallerstein, que implica no sólo superar los límites disciplinares entre la ciencia política, la economía y la sociología, sino también entre las ciencias sociales y las humanidades, posibilitando enfrentar de mejor manera ese destino manifiesto que discute el autor.

En la segunda parte del libro, las concurrencias, Adrián Espinosa comparte su investigación académica frente uno de los grandes problemas en la historia de la filosofía, el de la conciencia, cuyos debates se han enriquecido en las últimas décadas con la inclusión de la filosofía de la mente –que precisamente es su campo de experticia–, y de la neurociencia cognitiva. ¿Qué es la conciencia?, ¿cómo se puede definir?, ¿cuál es su característica esencial?, ¿qué relación hay entre conciencia y “yo”? Son los cuestionamientos por los que nos lleva el autor, estableciendo, además, la conexión con la narración como un tema ampliamente abordado por los estudios literarios. ¿Qué tipo de relación existe entre nuestra conciencia y la facultad narrativa que poseemos para dar sentido a la vida humana? ¿Es posible utilizar algunas de las herramientas de la teoría narrativa para la comprensión de la conciencia desde la filosofía? Su argumento se construye a favor de una relación estrecha entre conciencia y facultad narrativa.

Este capítulo, sin duda, ejemplifica la seriedad y rigor del trabajo académico de su autor. Es un texto que se disfruta, aunque en ciertos pasajes también se sufre al ser un escrito exigente.

II. LITERATURA

Dos ideas se me ocurrieron al acercarme al libro *Filosofía y literatura. Apologías y concurrencias*. Una, el poema *El poeta y el filósofo*, de León Felipe (*Del poeta maldito*, 1941-1942), citado en el epígrafe a estas líneas. Otra, pensar en los estudiosos de la interrelación entre estas dos disciplinas de las humanidades. Por ejemplo, María Zambrano y su *Filosofía y poesía* (1939); *Las formas de hablar sublimes. Poesía y Filosofía* (1990), de Eduardo Nicol; *El ser y la poesía. El entrecruce del discurso metafísico y el discurso poético* (2003), de Mauricio Beuchot; incluso la *Introducción literaria a la filo-*

sofía (1945), de Juan David García Bacca. Desde la antigüedad hay en el ser humano esta inquietud por el pensar y el sentir o, me atrevo a decir, por el pensar sintiendo y el sentir pensando, lo lógico y lo sensible, aunque siempre con el predominio de una de las dos acciones, de ahí que a uno se le llame filósofo y al otro poeta.

Pero cuando abro el libro de Romero y Espinosa, y comienzo a andar con la mirada y los dedos, digámoslo así, por los pasillos de sus hojas, oh sorpresa, el enfoque de lo que se anuncia con el título *Filosofía y literatura* rompe mis esquemas cognitivos respecto a esta interrelación entre esas dos disciplinas humanísticas. Entonces se da en mí eso que tanto gustan destacar algunos teóricos de la literatura, una cierta desautomatización o extrañamiento (Victor Sklosvsky *dixit*), pues no es nada de lo que esperaba. El libro que han escrito mis colegas trata sobre aquello, sí, pero no de una manera ortodoxa.

Más allá de establecer el nexo entre filosofía y literatura, la autora y el autor estructuran el libro de manera interrelacionada, diciendo con ello algo como: “Mira, así es como se encuentran lo lógico y lo estético, la intuición filosófica y la intuición poética”, tanto así que la lectura del libro me hace recordar un fragmento de *Pensamiento y poesía*, de María Zambrano, que contextualizo para nuestro fin:

[Poesía y pensamiento] se nos antojan dos mitades del hombre: el filósofo y el poeta. No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método. (1996)

Vayamos, pues, al libro: *Estudiar lengua y literatura, ¿para qué?*, titula Leticia Romero Chumacero a su primer ensayo –segundo en el orden de aparición dentro del libro–. En esas páginas invita al lector a pensar qué implica aventurarse por el mar de la literatura, si se quiere ser un buen marinero en él. En efecto, el buen marinero se hace entre las tempestades y la calma del mar insondable y misterioso de la fantasía creativa y de la investigación literaria.

De entrada, el ensayo es interesante por lo que dice y la manera como lo dice: para estudiar filología se requiere pasión por las letras, pese a las primeras críticas que quizá vendrán de la familia, cuando se entere de este casi “atrevimiento suicida” que el iniciado ha tomado en su vida. Para decirlo atinadamente, con las palabras de mi colega:

Diríase que [la filología] es una actividad cuasi-esotérica al grado de generar profunda preocupación por su vaga localización en el amplio espectro de los conocimientos humanos: ¿existe como profesión?, ¿quiénes hacen estudios de ese tipo?, ¿a qué se dedican, de que viven?, ¿desde cuándo existe ese campo disciplinar?, ¿dónde se ha desarrollado?, ¿por qué se estudia filología?, ¿para qué?

Son varios los temas que la autora toca a partir de aquellas preguntas. Por ejemplo, habla sobre la literaturidad o literariedad con que los formalistas rusos, en voz de Roman Jakobson, nos introducen en la teoría de la literatura, en aquellos principios, propiedades o categorías que hacen de un texto narrativo o lírico una obra literaria. Además, aborda cómo toda obra literaria nace, crece y se desarrolla en un ámbito social y, por tanto, refleja, hasta cierto punto, la estructura de su contexto: su filosofía de vida, su cultura, sus creencias y, por qué no decirlo, sus miedos y pasiones. De ello da cuenta el apartado *Literatura y sociedad*, donde críticos y creadores se dan cita para conducirnos por el conocimiento de los estudios sincrónico y diacrónico de la literatura a través de la historia, la crítica y la teoría literaria. Pero el ensayo comentado también nos pone al tanto de la importancia de no olvidar en la currícula académica de Letras el saber integrar las tres etapas de sentido del texto: el enfoque extrínseco (que se interesa por quien escribe y el contexto de producción de su obra), el enfoque intrínseco (que se interesa por la obra en sí) y el enfoque de la recepción (que se interesa por quien lee y su contexto). Para cada una de estas miradas –escribe la autora– hay conceptos y métodos específicos, todos ellos profesionales y tan exigentes como los de cualquier otra disciplina humana.

En *Otras convergencias. Narrar un pasado*, cuarto y último ensayo del libro, Leticia Romero ofrece un paseo por las letras escritas por la pluma femenina. El recorrido inicia en el mundo de la monja jerónima sor Juana

Inés de la Cruz, para abordar finalmente a las escritoras del siglo XIX, especialidad de la autora. Con respecto al primer tema, nuestra ensayista y académica se vale del hibridismo entre el relato y el ensayo para escribir sobre la vida intelectual de la jerónima y nos adentra en la atmósfera conventual en la que se desarrolló:

Habiendo hallado los datos necesarios, [Sor Juana] sumerge la pluma de ganso en el tintero y toma notas. Las hojas (y los dedos de la escritora) se llenan de pigmento oscuro conforme va registrando en el papel varios nombres femeninos, destinados a demostrar la pretérita existencia de las mujeres sabias mencionadas en tratados sacros o paganos.

Así ilustra el momento en que la Décima Musa hace una apología del talento femenino y vindica para las mujeres el derecho a expresarse por el privilegio de ser pensantes, asunto abordado en la famosa carta conocida como *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz*.

Otro dato importante es la mención de la poco conocida antología *Poetisas mexicanas*, “elaborada en 1893 por el erudito jalisciense José María Vigil. Ese libro –continúa– bastaría para refutar la generalizada idea de que, en materia de escritura femenina, entre los siglos XVI y XIX reinó el mutismo más absoluto”, pues el libro incluye más de cien nombres de escritoras. Y, por supuesto, en relación con el siglo XIX no podían faltar unas líneas consagradas a la “narradora, poeta, ensayista, periodista, editora, traductora y profesora Laura Méndez de Cuenca”. En alusión a esta escritora del Estado de México y a sus contemporáneas, Romero afirma que nuestro desconocimiento del corpus literario es alarmante, aunque, por ello, es “un ámbito de investigación muy tentador”. Así, sobre una gran cantidad de autoras son varias las aristas de investigación que quedan abiertas para investigadores en ciernes, amantes de las letras mexicanas.

Finalmente, el ensayo brinda trece pistas u orientaciones para llevar a buen puerto la exploración y la narración del pasado de las letras femeninas. Las encontramos bajo el subtítulo “Tareas”, a manera de conclusión no solo del ensayo mismo sino de todo el libro, luego de sus dos apologías y sus dos

ejemplos del trabajo filosófico y filológico.

III

No nos resta más que invitar a la lectura de *Filosofía y literatura. Apologías y concurrencias*, resultado de un par de trayectorias aún lejos de su techo, ya que se trata de investigadores que allende su juventud, reflejan madurez y erudición en sus campos de conocimiento.

FUENTES CONSULTADAS

WIESELTIER, L. (2016-04-23). El humanismo no es enemigo de la ciencia. Entrevista de Marc Bassets. En *El País*. México.

DOI: <https://doi.org/10.29092/uacm.v23i60.1271>